

mas á los malos. Los grandes y obispos, reunidos en una dieta del imperio, prohibieron se nombrase á Nicolás II en el Cónon de la misa, y hasta se atrevieron á excomulgar al papa mismo. La noticia de este increíble furor llenó de amargura los últimos dias del santo pontífice, que murió muy prematuramente, el 6 de junio de 1061, en Florencia. En su brevísimo pontificado dejó recuerdos indelebles: su piedad y caridad edificaban hasta á sus propios enemigos. « Tenia, dice san Pedro Damian, tan tierno y vivo amor por los pobres de Cristo, que no pasaba dia sin que lavase los piés á doce pobres, escogidos entre los diversos barrios de Roma. » Su muerte fué duelo universal para toda la Iglesia.

§ VI. PONTIFICADO DE ALEJANDRO II (30 de setiembre de 1061-20 de abril de 1073).

29. El cardenal Estéban fué diputado inmediatamente á la corte de Alemania en ejecucion del decreto de Nicolás II para entenderse con el jóven príncipe acerca de la eleccion de papa; mas los cortesanos le impidieron viese al monarca, y despues de vanas tentativas, se vió obligado el legado á regresar á Roma. Los partidos estaban en esta en su mayor fermentacion. El canceller imperial, Guiberto de Parma, que administraba la Italia en nombre de Enrique IV, vendia los obispados y abadías, favoreciendo el desórden de las costumbres para engrosar sus rentas. Declaró que queria un papa dispuesto á absolver á los simoníacos y clérigos irregulares; y que la severidad de Nicolás II habia hecho pesar sobre el clero un yugo intolerable. Mientras tanto, el arcediano Hildebrando, alma de la Iglesia en aquellos tiempos de desolacion, juntó en Roma á los cardenales y nobles romanos; y bajo su influencia se eligió canónicamente por sucesor de Nicolás II al obispo de Luca, Anselmo, que tomó el nombre de Alejandro II. Se esperaba que el nuevo papa seria bien acogido por la corte de Alemania, donde era conocido personalmente por haber ejercido funciones ó cargos en ella. Al rehusar recibir al enviado del colegio apostólico, el rey Enrique IV habia cedido sin duda

al resentimiento, aun vivo, por las reprensiones de Nicolás II, respecto de la administracion: y no se dudaba se le pasaria pronto aquel; mas de modo alguno podia imaginarse de que llevase á mal se hubiese hecho sin su concurso la eleccion pontifical, pues que se habia negado á recibir las comunicaciones de Estéban bajo este respecto. Y sin embargo esto fué lo que sucedió. Manifestó la mas violenta irritacion de que se hubiese procedido á la eleccion de Alejandro II sin su consentimiento. Considerando nulo todo cuanto se habia hecho sin su participacion, procedió al nombramiento de un antipapa. Recibió este la ordenacion de manos de los dos obispos de Vercel y de Plasencia en 28 de octubre de 1061. Cadalos, obispo de Parma, nombre del antipapa, tuvo la avilantez de prestarse á este indigno juego, y se quiso llamar Honorio II.

30. Ya habia deshonrado este al episcopado por una simonia notoria y su pública mala conducta. Solo pensar en elevar á la silla de Pedro un sugeto tal era un escándalo intolerable; así es que la noticia de su intrusion le atrajo la indignacion justa de todo corazon católico. Pedro Damian, siempre en la brecha cuando se trataba de vindicar el honor de la Iglesia, dirigió al antipapa una carta vehemente, en que le reprocha sus crímenes, y aja su miserable vanidad de sacrificar el bien general de la Iglesia á su interés personal. « Hasta ahora solo se hablaba en una pequeña ciudad del criminal tráfico que haciais de las prebendas é iglesias, y otras cosas aun peores. Mas ahora todo el universo va á hablar, y cubrirse de vergüenza. Vuestra exaltacion, si un dia llegara á realizarse, seria el triunfo de los malos, y la mirarian como ruina de la Iglesia cuantos aman la justicia. » Cadalos, sin detenerse en pajas, levantó un ejército en 1062 y vino á camparse ante los muros de Roma. Desde luego logró algunas ventajas, pero Godofredo, duque de Toscana, sobrevino contra él, y los negocios mudaron de faz, teniendo que escaparse el antipapa, que solo se salvó á peso de oro. Sin embargo, retirado á Parma, no abandonó sus proyectos. Pedro Damian escribió entonces una carta á Enrique IV, suplicando á este jóven prin-

cipe pusiese término á tantos males , haciéndole ver la alianza que debe reinar entre el sacerdocio y el imperio : « Estando » unidas en Cristo las dos potencias , sacerdotal y real , tienen » también mutua alianza en el pueblo cristiano. La una tiene » necesidad de la otra : el sacerdocio se apoya en el trono , y » el trono en el sacerdocio : el rey lleva la espada para oponerse á los enemigos de la Iglesia ; el pontífice vela y ruega » á Dios y le hace propicio á los reyes y pueblos. El uno ha de » dar cabo á los negocios terrestres por la justicia , el otro ha » de alimentar á los pueblos hambrientos de doctrina celestial. » El uno ha sido instituido para contener á los malos con la » autoridad de las leyes , el otro ha recibido las llaves para » usar de la severidad de los cánones ó de la indulgencia de la » Iglesia. » Estas prudentes razones hubieran hecho sin duda alguna poca mella en el corazón de Enrique IV ; pero el temor de que no sacudiese su yugo la Italia , si se obstinaba en sostener al antipapa , fué motivo mayor para la corte de Alemania ; y así se cambió de política cuando se creyó comprometido el propio interés. San Annon , arzobispo de Colonia , fué enviado á Italia para cortar toda división. En un concilio celebrado en Mantua , y en presencia del santo arzobispo , fué solemnemente confirmada la elección de Alejandro II ; y Cadalos , unánimemente condenado , fué depuesto del episcopado. Pero ni aun así cedió este ; y por un golpe de mano se apoderó de la ciudad Leonina y de la iglesia de San Juan de Letran. El pueblo enfurecido lo arrojó de allí. Encerrado en el castillo de San Ángelo con algunas tropas , sostuvo un sitio de dos años contra los soldados del partido de Alejandro II. En fin , reducido á la última extremidad , logró evadirse y se fué á morir en una campiña aislada , menospreciado de todos , y sin embargo continuando hasta el último suspiro en usurpar las funciones pontificales.

31. Libre de Cadalos , el papa cuidó de detener los progresos de un error que se iba esparciendo en las provincias de la Toscana , al que se denominó la herejía de los *Incestuosos*. Se llamaba así á los que por favorecer los casamientos en grado

prohibido de consanguinidad , se negaban á contar los grados segun las leyes eclesiásticas , y querían conservar la costumbre de las leyes romanas , que solo ponían en segundo grado los hermanos y hermanas. « Con razón los llamamos Incestuosos , » decía Pedro Damian , pues que autorizan uniones ilegítimas , » verdaderos incestos anatematizados por la Iglesia. » Alejandro II , en un concilio del año 1065 , celebrado en Roma , decidió que los grados de consanguinidad para el matrimonio debían de contarse segun el orden de los cánones , que ponen en primer grado á los hermanos y hermanas , no segun las leyes romanas que los ponen en segundo.

32. El dicho concilio trató de una cuestión aun mas grave. La silla metropolitana de Florencia estaba ocupada por un obispo públicamente simoníaco : vendía ostensiblemente los cargos de la Iglesia , y deshonoraba con su infame conducta la santidad de su ministerio. Denunciado al concilio romano , sus acusadores ofrecían probar la veracidad de sus alegaciones , segun costumbre de la época , con la *prueba del fuego*. El papa se negó á admitir semejante juicio , y defirió el juicio definitivo de Pedro de Pavía á mas amplios informes. Pero estas dilaciones habían de tener fatales consecuencias , porque los ánimos estaban contrapuntados. El obispo , en lugar de aprovecharse de esta dilación para enmendarse , redobló sus injusticias y violencias. El pueblo amotinado le arrojó de su ciudad episcopal. Se entablaron pues negociaciones entre Pedro de Pavía y los Florentinos. A pesar de la enérgica prohibición del papa , fué convenido de ambas partes que la cuestión se decidiría por la prueba del fuego. Se encendieron pues dos hogueras inmensas en la plaza pública de Florencia , á dos piés de distancia. Un santo monje , llamado Pedro , tan célebre despues bajo el dictado de *Ígneo* , fué escogido por los acusadores para pasar por la terrible prueba , y certificar así sus quejas. Se puso fuego á ambas hogueras , y estando en vivas llamas Pedro *Ígneo* , revestido de ornamentos sacerdotales , se presentó en medio de la muchedumbre. « Dios todopoderoso , exclamó , socorredme en este juicio terrible. Si Pedro de Pavía ha usur-

» pado, por simonía, la silla de Florencia, preservadme de  
 » estas llamas, como en otro tiempo preservásteis sanos y sal-  
 » vos á los tres niños de Babilonia.» En diciendo su breve  
 oracion, Pedro *Ígneo* hizo la señal de la cruz, y sin emocion  
 alguna se avanzó é introdujo gravemente en medio de las lla-  
 mas, que hollaba á pié descalzo. El viento, activado por el  
 fuego, movia su cabellera y levantaba su alba; hizo flotar su  
 estola y se llevó el manípulo á la otra hoguera. El heroico tes-  
 tigo del Señor fué á buscarlo, prosiguió su marcha, y en fin  
 apareció fuera de las llamas, sin que estas hubieran hecho la  
 menor impresion ni sobre su persona, ni en sus vestidos. Se  
 disponia á atravesarlas de nuevo; pero deteniéndole la muche-  
 dumbre, cada cual se apresura á besarle los piés y las manos,  
 á prodigarle testimonios de veneracion, y á tocar al menos sus  
 hábitos tan milagrosamente conservados.

33. El rey de Alemania, Enrique IV, aquel indigno pupilo  
 de la Santa Sede, apenas de edad de diez y ocho años, mos-  
 traba ya la mas desenfadada perversidad. Su libertinaje ver-  
 gonoso no respetaba ni la inocencia virginal, ni la fide-  
 lidad conyugal; cruel y desenfadado, nada perdonaba para  
 saciar sus pasiones. Sacrificaba á su venganza á los esposos  
 cuyas mujeres no podia arrebatarse de otro modo. Sus cóm-  
 plices y confidentes, casi iguales en depravacion, eran sacri-  
 ficados igualmente, cuando de palabra ó con un gesto des-  
 aprobaban sus excesos. Casado con la princesa Bertha, hija de  
 Othon, margrave de Italia, jóven de quince años, pura, inocente,  
 virtuosa, Enrique IV la repudió al año de casados. Esta bru-  
 talidad irritó á toda la Alemania. El arzobispo de Maguncia  
 escribió sobre esto al papa, suplicándole hacer juzgar por  
 legados este asunto. Alejandro II encargó esta mision á san  
 Pedro Damian, que acababa de recorrer la Francia para esti-  
 mular á la reforma de costumbres y disciplina. La eleccion de  
 un hombre cuya santa austeridad y vigor apostólico conocia  
 todo el mundo católico, fué especialmente desagradable á  
 Enrique IV. Sin embargo no osó sustraerse á una informacion  
 jurídica del legado de la Santa Sede. Pedro Damian, despues

de enterarse del negocio, declaró al rey que su pretension era  
 indigna no solo de un principe, sino aun de un simple cris-  
 tiano. « Si menospreciáis, le dijo, la autoridad de los cán-  
 » nes, muévaos al menos vuestro honor y buena fama. Si  
 » resistís á estos consejos dictados por la razon y por la fe, el  
 » soberano pontífice se verá obligado á fulminar contra vos  
 » las sentencias de la Iglesia, y jamás podrá consentir en coro-  
 » naros emperador.» Enrique IV no se atrevió á insistir, y  
 declaró que llevaria el peso de que no podia descargarse;  
 pero no mudó ni de conducta ni de costumbres. San Annon,  
 arzobispo de Colonia, dejó una corte escandalosa y cesó de  
 dar consejos á un principe que solo oia los de su pasion. La  
 emperatriz Inés, previendo que su hijo causaria la desgracia  
 del mundo entero, se retiró á Italia, se puso bajo la direccion  
 de san Pedro Damian, y acabó en el retiro una vida pasada  
 en un círculo de intrigas y agitaciones. Y así se iba alejando  
 para siempre de Enrique IV la bendicion de Dios.

34. Pedro Damian, despues de su legacion en Alemania,  
 rogó de nuevo al sumo pontífice le permitiese renunciar las  
 altas dignidades que ejercia en la Iglesia, para ir á acabar sus  
 dias en el seno del estudio, silencio y oracion. Hildebrando,  
 revestido como siempre de la confianza de los pontífices, se  
 opuso al designio de su amigo Pedro Damian; pero las instan-  
 cias de este último eran cada día mas y mas urgentes. « En to-  
 » dos vuestros combates y victorias, escribia á Hildebrando, yo  
 » me he echado en medio de la refriega, y para serviros sentia  
 » en mí la velocidad del rayo. No he cesado de bendecir vues-  
 » tro nombre, y Dios sabe cuán tiernamente os amo. Pero ya  
 » tengo prisa en recogerme y emplear en servicio de Dios  
 » los últimos dias de mi existencia.» El generoso atleta de  
 Cristo no alcanzó el descanso que deseaba; pues murió el  
 22 de febrero de 1072, en una mision de que el papa le habia  
 encargado cerca del obispo de Ravena. Las obras de san  
 Pedro Damian, recopiladas en cuatro volúmenes, son muy  
 notables y tocan infinitos é interesantes puntos de dogma,  
 moral, disciplina é historia eclesiástica. Su estilo noble, puro,

vehemente y sembrado de hermosas imágenes, puede en cierto modo equipararse al de los buenos tiempos de la literatura eclesiástica. Sus cartas descubren en él un espíritu sutil, delicado y nacido para los negocios. Es severo é imparcial en la reprensión de los vicios, aunque lleno de miramientos por las personas; y en fin, fué tan buen poeta como prosador, con lo que se puede contar á san Pedro Damian entre los talentos mas cultivados y corazones mas honrados y leales del siglo xi.

35. Acontecia por este tiempo en Inglaterra un suceso cuyas consecuencias habian de ser muy fecundas. Por muerte de san Eduardo el Confesor, se disputó el trono entre dos rivales, entre dos razas, siempre en recíproca hostilidad, la de los Sajones y la de los Normandos, á saber: entre Haroldo, de la raza sajona, que alegaba mayor parentesco con el rey difunto; y Guillermo el Bastardo (1), duque de Normandía, que alegaba en su favor el testamento de Eduardo, nombrándole sucesor ó heredero. Guillermo quiso verle apoyado por el papa. « Si Dios quiere que salga bien, escribió á Alejandro II, me gloriaré de tener el reino de Inglaterra directamente de Él y de san Pedro, su vicario. » El papa, despues de bien examinado el negocio, se decidió por Guillermo, y en señal de adhesion le envió un estandarte bendecido por él mismo. Sin embargo, el duque de Normandía no se habia descuidado en emplear todo cuanto podia conducir á una victoria. Mandó publicar un llamamiento general á las armas en todos sus Estados y provincias vecinas, prometiendo buen sueldo y el saqueo de la Inglaterra á todo hombre « alto de » estatura y robusto de cuerpo, que quisiere servirle. » Muy pronto se vió al frente de 60,000 hombres, entre los cuales 104 caballeros. En esta brillante expedicion se alistaron miembros de las mas ilustres familias de Francia: y el 29 de setiembre de 1066, Guillermo el Bastardo partió de la embocadura del Soma con una numerosa flota, y desembacó en el

(1) Era hijo de Roberto, duque de Normandía, llamado *el Diablo*, y de Harleta la Lavandera, hija de un curtidor de Falaise.

mismo dia en las costas de Sussex, llanuras de Hastings. Haroldo le estaba esperando allí, y Guillermo le hizo tres propuestas: ó abdicar en su favor, ó deferir el litigio al arbitrio del papa, ó bien decidir la querella en combate singular. No aceptó Haroldo ninguna de estas proposiciones, y se recurrió á las armas. En la víspera de la batalla los Normandos pasaron la noche en oración, en tanto que los Sajones solo hacian cantar sus himnos nacionales y se embriagaban. Por la madrugada, el obispo de Bayeux, hermano de Guillermo, celebró misa y bendijo á las tropas. El duque de Normandía llevaba suspendidas del cuello reliquias preciosas de santos, y á su lado el estandarte bendecido por el papa. La accion fué viva y sangrienta: Sajones y Normandos hicieron prodigios de valor; pero en fin Haroldo fué muerto en lo mas recio de la batalla, y su ejército derrotado se fugó. La batalla de Hastings dió el trono á Guillermo el Bastardo, en 1066. En la cumbre de la colina donde habia perecido la antigua Inglaterra con el último rey sajón, Guillermo edificó una hermosa y rica abadía, llamada *abadía de la Batalla*, segun el voto que habia hecho á san Martin, patron de las Galias. No hace mucho se leian aun los nombres de los conquistadores grabados en planchas de madera: es el verdadero *libro de oro* de la nobleza de Inglaterra. Haroldo fué enterrado por los monjes en este collado, frente al Océano. « Pues que guardaba la » costa, que la guarde aun, decia Guillermo. » Este príncipe á pesar de introducir en el seno de su nueva conquista las costumbres mas civilizadas de Francia, confirmó solemnemente, en 1069, las antiguas leyes del país. Las que se referian á la Iglesia fueron redactadas en latin, con veintidos artículos. Se garantizaba en ellas el derecho de las peregrinaciones pias y la seguridad de los viajeros: se mantenía la tasa del *denario de san Pedro*, del cual se empleaba una parte al sosten y dotacion de una iglesia y una escuela en Roma, llamadas *de los Ingleses*. El papa Alejandro II envió tres legados para coronar, en 1070, á Guillermo el Bastardo, como rey de Inglaterra.

36. Continuaban ilustrando á la Iglesia ejemplares de cien-

cia, virtud y santidad, como contrapeso providencial á los escándalos contra los que no cesaba de luchar el pontificado. En el de Alejandro II florecieron muchos santos. Santo Domingo *el Encorazado*, amigo ilustre de san Pedro Damian, llevó toda su vida por espíritu de penitencia una coraza sobre la carne misma; san Rodolfo, que fué obispo de Eugubio; san Theobaldo de Provins, de la familia de los condes de Champaña, se retiró á una soledad cerca de Vicenza en Italia; el bienaventurado Evrardo, conde de Breteuil, monje de Marmoutiers; san Hugo, abad de Cluny; san Roberto, fundador del monasterio de la *Chaise-Dieu* en el Languedoc; san Gauthier, abad de Lesterpo en el Limosin; san Annon, arzobispo de Colonia; san Altmann, obispo de Passaw; san Guebardo, arzobispo de Salzburgo; san Benon, obispo de Misnia, apóstol de los Esclavones; el rey mártir Gothescalco, príncipe sajón, protestó contra las tendencias generales al desorden y relajamiento de costumbres, con la práctica de las mas heróicas virtudes en el claustro, en la soledad, en medio de las preocupaciones de la dignidad episcopal. La fe hacia preciosas conquistas en las naciones del norte de la Europa, bajo la influencia y concurso simultáneo de Suenon, rey de Dinamarca, y de Adalberto, arzobispo de Brema. Adam, canónigo de esta última ciudad, escribía entonces su *Historia eclesiástica*, que comprende los orígenes de las iglesias del Norte, y la serie de los obispos de Brema y de Hamburgo, desde la entrada de san Guilbrodo en la Sajonia hasta el fallecimiento del arzobispo Adalberto; período que abraza cerca de trescientos años. Adam de Brema recogió con cuidado todas las memorias escritas, las cartas de los papas y príncipes, y la tradicion viva de los antiguos relativa á su asunto; lo que hace preciosa esta recopilacion.

37. En esta época se verificó una importante modificacion en la disciplina eclesiástica. Las penitencias públicas eran de imposible aplicacion en medio de los crímenes y violencias sociales en estos siglos: fueron pues reemplazadas por el uso frecuente de la flagelacion ó *disciplina* voluntaria, que contribuyó mucho á propagar san Pedro Damian con su ejemplo,

discursos y escritos. Favorecieron mucho á este cambio las austeridades de santo Domingo *el Encorazado*. La Iglesia admitió pues estas conmutaciones por las penas canónicas, acomodándose así á las necesidades sociales y necesidades de los tiempos. Las disciplinas, peregrinaciones lejanas, grandes limosnas, etc., fueron medios de compensacion; y convenian mucho ora para domar el carácter semibárbaro de este siglo, ora para reparar tanto saqueo y latrocinio, ora en fin para castigar la avaricia de los simoníacos. Y así, se rescataban los años de penitencia canónica con cierto número de azotes voluntarios, ó *disciplina*, con tal ó tal suma dada á los pobres, á las iglesias ó monasterios, con tal ó tal peregrinacion, etc. Este sistema permitia imponer largos años de penitencia que se compensaban ó rescataban del modo dicho; y por esto vemos que san Pedro Damian impuso al arzobispo simoníaco de Milan, Guido, *cien años* de penitencia. Los espíritus fuertes y otros preciados de cristianos han criticado el uso de la disciplina voluntaria; pero no advierten que ya san Pablo nos la recomendó diciendo: *Castigo corpus meum et in servitutum redigo*. La Iglesia ha justificado suficientemente este uso canonizando los ilustres penitentes que se han santificado con dicho uso; sin embargo ha tenido y tiene siempre solicitud maternal para precaver ó condenar el abuso.

38. La especie de mitigacion decretada para la antigua disciplina canónica era una medida que cuadraba en extremo con el genio blando y caritativo de Alejandro II. Se valió este papa de su autoridad para proteger á los Judíos contra las persecuciones á que estaban expuestos en los diversos Estados de la Europa, y prohibió expresamente condenarlos á muerte [como tales Judíos solamente]. Su pontificado, venturoso para la Iglesia, fué inspirado siempre por el gran carácter de Hildebrando, á quien habia elevado á la dignidad de canciller de la Iglesia romana, y que habia de sucederle con tanta gloria. Alejandro II murió el 21 de abril de 1073. Se le atribuye la ordenanza que arregla la celebracion de la misa, y la reduce á una sola por dia para cada sacerdote.